

XXIX

La lechería estaba perfectamente situada, y los terrenos que la rodeaban, de primera clase para pastos, constituían una donación importantísima. Como yo hiciera con gran satisfacción las observaciones convenientes:

—¿Tal vez encontrais, me dijo Felicia, que eso es demasiado para Tonino?

—No, no encuentro que sea mucho. Ellos son muy jóvenes, y por consiguiente no han de faltarles hijos.

—Sí, tendrán hijos; respondió ella. Han nacido dichosos, y los conservarán.

Y ví entonces rodar una lágrima por su mejilla. Era la primera vez que lloraba por su hija delante de mí. Jamás me había hablado de ella sino con cierto dolor sombrío; y como se esforzara en ocultar aquella lágrima:

—Llorad, llorad, la dije; sed mujer, sed madre. Mejores quiero así, que susceptible é irritada.

—¿Pero ese recuerdo que me tortura, no merece vuestros odios?

—No; cuando llorais, nada de vuestro pasado puede serme

odioso; las lágrimas lo borran todo, y el verdadero dolor es respetable siempre.

Enjugó entonces ella sus ojos con mi mano, y al bajarla, fijó sobre mí una mirada clara y penetrante, en la que se manifestaba la expresión y energía de su alma de una manera victoriosa.

—Hay en mi vida dos grandes y desesperantes dolores, dijo: la muerte de mi hijo y la de mi hermano. El día en que me ameís como yo os amo, me olvidaré de ellos.

—¿Cómo olvidar? la dije; el dolor es propio de las almas grandes, y prefiero participar del vuestro á que lo olvideis. Siempre me atraereis mejor con la ternura que con la energía; estad segura de ello. No os pido sino sentimientos delicados para consagrarme á ellos á mi vez.

Reanimóse Felicia súbitamente, dejando de protestar en su interior contra el testimonio de mis afecciones; ocupábase de la nueva propiedad de Tonino con ardiente afán y casi con alegría. Quería derribar la casa por completo para reconstruirla, y trazaba planos sobre la arena del camino con la punta de una rama seca. Admirábame yo de su inteligente destreza, de su tino en los detalles, y de la rapidez de su golpe de vista. Yo iba sacando cuentas á medida que iba ella desarrollando sus proyectos. Cuando hube llegado á cierta suma:

—No, no quería ir yo tan lejos, dijo; esto sería demasiado y vos lo reprobariais.

—¡Jamás! le respondí; vos, como mujer de orden, tendreis siempre el medio de ser generosa.

—¡Pero es de vuestra fortuna de la que yo voy disponiendo ahora, M. Sylvestre!

—No, es de la vuestra. Yo no tengo ni quiero tener nada. Nos casaremos con separacion de bienes, como deberia hacerse siempre que el uno aporta al matrimonio una fortuna y el otro es pobre.

—¿Por qué deberia hacerse así?

Y como yo tardara un poco en contestar, exclamó ella:



—¡Ah! sí, ya comprendo: ¿no quereis que vaya nadie á creer que os habeis casado con una mujer como yo para enriqueceros?

—No he ni remotamente soñado en ello, le dije; pero puesto que lo habeis tomado así, acepto la suposicion. Quiero que todo el mundo sepa que me he casado porque os amaba.

Admirada ella de mi respuesta, volvió de nuevo á trazar planos, mientras estaba hablando con el arrendatario para tratar de la indemnizacion. Estuvimos allí hasta la caida de la tarde, cuando Tonino y Vanina aparecieron de repente en el camino á muy pocos pasos de nosotros.

—¡Ah! miradlos, exclamó Felicia; ¡aquí están ya! Vienen á visitar su propiedad. ¡No están tan embriagados como deciais, puesto que piensan ya en mañana!

—Están dentro lo justo y natural. Piensan inmediatamente en el nido durante los primaverales cantos del amor.

—¿Cómo estais aquí, prima? preguntó sorprendido Tonino, apresurando el paso.

—Sí, respondió ella con dulzura; estoy aquí para prepararos el nido, como dice M. Sylvestre. Por que ¿supongo que es aquí donde piensas vivir?

—Sí, en verdad, si puedo disponer de los medios de arreglarlo cuando lo deje el arrendatario.

—El arrendatario lo deja mañana, y mañana comienzan las obras. Mira, mira los planos, antes no se los lleve la brisa de la noche. Hé aquí vuestro cuarto, bastante espacioso, para contener la cuna y las camitas... Mirad: aquí la sala de conversacion, comer y conciertos. Esta es la cuadra de doble cabida, con sus tres divisiones para las crias de ambas edades y las madres. Este es el desvan para los forrajes, el tendedero, el colmenar, la fuente, etc.

—¡Pero esto es un sueño! exclamó Tonino; ¡necesito trabajar veinte años para pagarlo todo!

—No pagareis nada, le dije. Esto es el regalo de boda que se os hace sobre vuestro dote.

Tonino tuvo un momento harto espontáneo; improvisacion de su inteligencia artística, ó grito sincero del corazon.

—¡Madre! exclamó cayendo de rodillas á los piés de Felicia, ¿tú me amas todavía?

Declaróse ella vencida, abrazando á Tonino sin reserva ni desconfianza.

—Si tú pudieras volver á tu sinceridad y bondad de otros tiempos, te amaria como entonces, le dijo.

—Amadme, amadme como entonces, repuso él; y me vereis

curado de toda locura y tan inocente como á los doce años. Es á ella á quien se lo debo, añadió Tonino señalando á Vanina. Yo estaba aun despechado esta mañana, ella me ha regañado y me ha dicho que yo era un ingrato, que no estaba en lo justo. Me he convencido de que tenia razon. Me he arrepentido, y, si nos encontramos aquí, es porque estábamos en camino de venir á pedirnos perdon.

Desde este momento, volvió á reinar la calma en la familia; Tonino dejó de ser testarudo y Felicia dejó de aparecer melancólica.

Vanina, dulce y afectuosa, parecia entre ellos el lazo de union. Hízose una especie de convenio tácito, mediante el cual los jóvenes esposos no vivirían en nuestra casa antes de poder tomar posesion de la suya. Yo lo sentí porque no tenia sobre el particular la misma opinion de Felicia. El amor-consagrado me parecia una cosa demasiado séria y santa para profanar el duelo de la casa. Felicia no dijo una palabra para no estar conmigo en desacuerdo; pero Tonino me dijo, por lo bajo:

—Dejadme á mí. Estoy seguro de que la vista de nuestros amores heririan su religion fraternal. Es bastante pueril; porque no hay razon alguna para admitir dentro dos ó tres meses lo que es un obstáculo en la actualidad, á no ser que el dolor deba durar precisamente un año, como el vestir de negro, acabando en un dia determinado; en fin, esta es la creencia de mi prima, que es preciso respetar.

Estoy seguro de que me admitiria y tendria gustoso en su casa y compañía, con la de mi esposa, y que estaria solícita y amable con uno y otro; pero lo estoy tambien de que la cosa más iusnificante la heriria en los más vivo de su corazon, y no quiero en manera alguna hacerla sufrir.

XXX

PARA esperar su instalacion en Vervalt, Tonino se llevó á su mujer á hacer un viaje. Felicia le encargó que fuése á dar una mirada á sus propiedades del valle; lo cual aprovechó Tonino para recorrer toda la Suiza, estando para ello tres meses ausente.

Debia estar de vuelta para nuestra boda, fijada para celebrarse en Julio. A pesar del deseo que yo sentia de volver á ver á aquel buen muchacho, debia forzosamente reconocer que su ausencia era conveniente, así para Felicia como para mí.

Pasábase la vida tranquila y feliz. Felicia empezaba á modificar los extremos ásperos de su carácter, abriendo su espíritu á la ciencia y al amor; porque si á la edad de Tonino y Vanina no hay más que hacer que dejar que se cumpla la ley divina, en la edad que contábamos así Felicia como yo, y despues de multiplicados y amargos desengaños, se necesitan toda una religion y una filosofia completas, para alcanzar á entenderse bien.

El momento de la fusion intelectual y moral parecia llegado;

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

y cuando nos enlazásemos el uno al otro, estaría yo ya satisfecho y seguro de ella y de mí; sentíame yo ardiente y austero; sentíala á ella púdica y confiada.

Nuestra luna de miel no fué pues un transporte de colegial al traves de las arboledas y las flores; fué una solemne recoleccion de goces íntimos y profundos, bajo el caluroso y tranquilo sol de estío.

Tuvimos que casarnos sin esperar á Tonino.

La vigilia del día fijado para su regreso, nos escribió que Vanina habia sufrido una ligera caída, y que temiendo ó previniendo algo grave, necesitaba algunas semanas de reposo. No regresó pues hasta primeros de otoño acompañado de su mujer completamente repuesta, y en la esperanza de un próximo y feliz alumbramiento. Díjome entonces que no habia sufrido Vanina el menor accidente, pero que habia temido estorbar á Felicia con su presencia.

—Jamás he logrado explicarme, dijo Tonino, las particularidades de su carácter; pero las siento y las adivino antes de que se manifiesten, y creedme, he obrado cuerdamente no asistiendo á su boda. ¡Se necesita tan poco para contrariarla! Más vale así, no lo dudeis.

Yo comprendia que Tonino tenia razon, pero no hubiera acertado á explicar el por qué mejor que él.

Fuése á pasar el otoño en Vervalt, pudiendo verle entonces raras veces, pues era la época de las grandes faenas del campo. Entonces debian labrarse las tierras, recoger los frutos, elaborar el vino y los quesos; se vive durante esta época en el campo á completa satisfaccion, reuniéndose algunos domingos las atareadas gentes con verdadero afecto; pero sin que sean los unos necesarios á los otros; y yo sé decir de mí, que me encontraba perfectamente sin que nadie se interpusiera

entre mi esposa y yo. Es un espíritu demasiado impresionable para tomar la vida como buena. Las emociones violentas de su juventud le habian dejado la costumbre de dramatizar los menores incidentes y de ver abierto un abismo en cualquiera de los carriles del prosaico camino de la vida. Mi ascendiente hacia penetrar de nuevo en ella la nocion de la medida de los hechos; pero era preciso un cuidado constante y continuado, una educacion renovándose á cada paso, una severidad sostenida ó conservada sin cesar, trabajo ingenioso y tierno del que no me fatigaba jamás, y en el cual me atestiguaba ella un reconocimiento apasionado, pero que no era del caso dejar interrumpir ó turbar por la menor emocion venida de fuera.

Durante las primicias, creóse ella un disgusto inesperado. Tanto cuanto habia aspirado á la rehabilitacion por el matrimonio con un hombre formal, otro tanto se asustaba cuando lo hubo conseguido. Bastaba una palabra cualquiera cogida al vuelo, para desesperarla. “¡Cómo es ahora dichosa, la señorita Morgeron, despues de lo sucedido!”, ó del raciocinio neto de cualquier vecino: “¡Diantre! es un buen partido el que se ha encontrado aquí M. Sylvestre!”,

No se vengaba ella como yo con una sonrisa de lástima del inofensivo atentado cometido en nosotros por una imaginacion salvaje; alarmábase y se apenaba como si la ofensa hubiera caído del cielo.

—Ya veo claro, decia ella entonces: los unos creen que la concupiscencia os ha hecho indulgente; ¡ya puede decirseles que no habéis querido para nada la menor parte de mi fortuna; no lo entienden ni alcanzan á creerlo; los otros os respetan pero os compadecen, y mi falta les parece mucho más enorme desde que me la habeis perdonado.

¡Ah! yo he sido muy egoista; yo no supe prever que la opinion no se convence jamás y que cargaría sobre vos una parte de mi descrédito. He faltado, y faltado gravemente, amigo

mío, no dejándome llevar de mi instinto. Sabed que más de cien veces estuve tentada de deciros: "¡Amadme, pero no os caseis! seré, si quereis, vuestra querida ó vuestra esclava; porque no me creo digna de ser vuestra esposa."

—Habeis hecho muy bien, le decia yo, en no presentarme esa repugnante tentacion, porque hubiera creido que me juzgabais capaz de acceder á ella y que no me amabais.

—¡Sois demasiado severo! ¿Qué crimen hubierais cometido dándome vuestro amor sin darme vuestro nombre?

—Hubiera faltado á las consideraciones debidas á vuestro hermano y á vos, á un mismo tiempo, habiéndome, como me habiais acogido, como otro hermano. Por otra parte, debemos prescindir de esto, Felicia; puede escusarse á la juventud que rompa sin conciencia todos los frenos; pero ellos deben ser táles para el hombre entrado ya en años, sobre todo cuando no existen obstáculos vivos entre él y el objeto de su pasion.

Entonces comprendió ella que se podia aliar la pasion al deber, no sin cierto dolor por parte suya.

Por lo demás, yo la distraia y aun alegraba; llegando á hacerla reir con alguna murmuracion de comadres ó alguna máxima de aldeano avaro. Es cierto tambien que logré hacer celosos, y que particularmente Sixto More, aunque no fuese un hombre malo, habia hecho diversos comentarios acerca de nuestro matrimonio. ¿Qué podia importarme á mí todo esto? Encontraba yo en el testimonio de mi conciencia la más completa seguridad. Felicia estaba celosa y me lo decia. Tenia yo muchísimo trabajo para conseguir que se perdonara ella su pasado, y que se apreciase bastante á sí misma para dar paso franco á la injuria; pero conseguí por último hacer que viese la parte ridícula de la maledicencia, evitándole que agrandara su parte odiosa.

A despecho de sus pasajeras turbaciones éramos bastante dichosos. Si Felicia no realizaba por completo el ideal de severidad y gracia intelectual que yo hubiera podido soñar en mi juventud, lo ignoraba ó no lo recordaba. Es aquella una época de la vida en la cual no tenemos otras exigencias que las puramente individuales y relativas á nosotros mismos. Sentimos lo posible de la perfeccion, puesto que la adoramos; pero experimentamos sus dificultades, porque no está encerrada en nosotros. Semejante persecucion de lo bello y de lo bueno vana siempre á pesar de los mayores y más sinceros esfuerzos, resulta indulgente por aquello que se ama. Querríamos excusar los escollos donde hemos embarrancado, las espinas con las cuales nos estamos desgarrando todavía, haciéndonos humildes á fuerza de ambicion, y dulces á fuerza de celo.

En verdad que en aquella época de adopcion paternal de un alma borrascosa y martirizada estaba yo mejor que nunca; estaba, por así decirlo, mejor que yo mismo. Cuando mi compañera me decia: "No os creia aun tan bueno como sois," contestábale yo con toda sinceridad:

—Es que no podia ser tan bueno antes de amaros tanto.

Este bienestar duró dos años. No pudo completarse por mí con las alegrías de la paternidad; y en la actualidad, ¡ay! doy gracias al destino por haberme ahorrado tan terrible causa de turbacion é incertidumbre. Felicia se lisonjeaba diariamente con la esperanza de ser madre.

Un antiguo médico que la habia visitado desde su vuelta de Italia, y á quien consulté sobre su estado general, me dijo que no debia alimentar esperanzas vanas. Al mismo tiempo me inducia á no desilusionar del todo á mi compañera.

—Este sueño dorado de la maternidad es, decia, la pasion de su existencia. ¡Fijaos en la parte moral! Es un espíritu de elevado temple; pero sus ideas son fijas, su voluntad exaltada, los instintos tenaces y la fuerza vital no corresponde en ver-

dad á la energía que otorga. Yo me admiré de verla conformarse con la muerte de su hermano, porque habia creído que iba á costarle la vida ó la razon. Ahora me explico su resignacion y su valor: ¡os ama! Hacedla continuamente dichosa si quereis conservarla. No podria resistir una nueva desgracia.

—¿Creéis entonces que la falta de sucesion es para ella una desdicha sin compensaciones?

—Se conformará conservando la ilusion la mayor parte del tiempo que sea posible. Por otra parte, y es esto un detalle sobre el cual llamo vuestra atencion por ser el eje de un cúmulo de circunstancias, diciéndoos: Procurad, si quereis que viva, que lleve una vida sin grandes emociones.

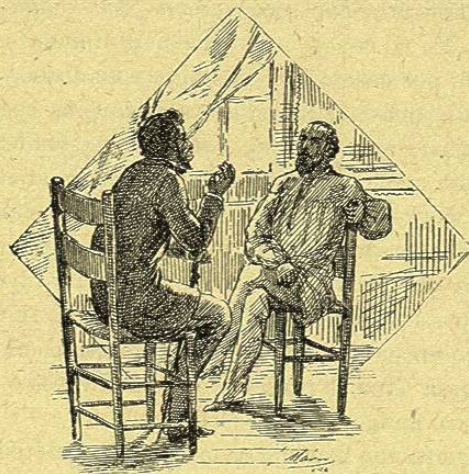
—Necesito que os expliqueis, exclamé. Estamos solos, y no teneis por lo tanto nada que reservaros, porque soy yo un hombre que puede admitirlo todo y todo prevenirlo. Debo pues saber si alguna enfermedad sería amenaza á mi esposa, á fin de atacarla continuamente y sin descanso, consagrando á ella mi existencia entera.

Hablad.

—Pues bien, dijo el médico, voy á hablaros como un hombre sencillo, pero experimentado, debe hablar á otro hombre formal é inteligente.

“La señorita Morgeron estuvo largo tiempo entre la vida y la muerte á consecuencia de los pesares y disgustos que no ignorais por cierto. Restablecióse despues de mucho tiempo. Una voluntad bien dirigida y bien empleada, le ha creado fuerzas nuevas; pero, si nos es posible modificar una organizacion, no nos lo es trasformarla en su esencia, y tenemos aquí, por lo tanto, una organizacion anormal. Yo la he estudiado mucho como uno de los tipos más raros en su clase. En la mayor parte de las gentes del campo—incluyo en éstas á todo el mundo, sin excepcion de clases, esto es, á todos los que viven en continuo roce con la naturaleza rústica—los

cuerpos imperan sobre las almas con cierta benéfica energía; el aire puro y el ejercicio les produce forzosamente el sueño, el apetito y el equilibrio intelectual. En Mme. Felicia resulta todo lo contrario; su voluntad es el único origen de sus fuerzas físicas, y nada exterior obra directamente en ella. Sólo es el estado de su espíritu lo que la hace fuerte ó deleznable; esto se expresa en una frase que por más que sea manoseada y vulgar, es verdad siempre: “la hoja desgasta la vaina.”



No la hagais reflexionar demasiado; y si ella desea instruirse, economizad todo lo posible su inteligencia. Esta es en ella un poderoso elemento de percepcion, pero no será jamás uu depósito de ideas incontestables; en el cual todas las cosas estén clasificadas lógicamente. Dad rienda suelta á la actividad, y alimento á la bondad y á la ternura. No le pidais ser forzosamente consecuente con ella misma; tratadla como un niño en el que deban economizarse los medios de comprension y del cual

se conocen las aptitudes. Ella no siente el menor mal orgánico, no. Limitaos á esta consideracion; pero fijaos en la movilidad de su fisonomía al menor trastorno; tomadle el pulso frecuentemente, y conoceréis que la fiebre se declara en ella con una rapidez inaudita por consecuencia de la más ligera excitacion nerviosa. Sobre todo evitadle toda inquietud, porque ella os ocultará todos los síntomas. Posee una fuerza de reaccion extraordinaria, y yo la he visto enferma de harta gravedad sin que lo notara ninguna de las personas que la rodeaban. Acostumbraos á mirarla con ojos serenos que sepan ocultar su perspicacia. Yo no conozco persona más difícil de interrogar ni asistir. Si, por casualidad, la afligiera un disgusto grave, no os preguntéis jamás si está enferma, porque es seguro que lo está. Trabajaré, sin embargo, como de costumbre, y sabrá aparentar que come y que duerme. Estará igualmente alegre al parecer, si cree que pueda afligiros; pero será continuamente víctima de una fiebre violenta, que conservará hasta tanto que hayais hecho penetrar en su espíritu rayos consoladores. Las prescripciones del médico no servirán de nada, ó de muy poco en su alivio; sed vos, por lo tanto, el médico de vuestra esposa. Tened presente que soy vuestro médico, ó mejor, vuestro amigo, y no un charlatan.,

Esta conversacion produjo en mí cierta inquietud, y durante muchos dias estuve observando á Felicia con la mayor atencion. Nada descubrí que no me fuese ya conocido. Su impresionabilidad positivamente nacida con ella, y lo que para mí hubiera sido enfermedad ó destruccion, era para ella movimiento y vida. De los que comprenden semejantes organizaciones son los médicos los últimos, sobre todo los médicos experimentados, instruidos y razonables. A pesar suyo quisieran ellos conducir nuevamente la naturaleza á la lógica natural; lo cual es muy sábio. Pero acaece frecuentemente que los tipos anormales tendrian necesidad de escapar al

registro de la razon. Tal vez á la loca necesidad de mi tratamiento antiracional.

Por lo tanto, esforzábame yo en hacer predominar el simple buen sentido en el agitado espíritu de mi compañera, y habia yo empleado en ello tanta paciencia y tal artificio; habia yo cubierto las exterioridades de la enseñanza con tanta dulzura y jovialidad, que creí haber llegado al colmo. ¿Cómo explicar ahora el desastre que me aguardaba en medio de mi confiada serenidad, el golpe que me habia de herir en mitad del pecho, el derrumbamiento del santuario en el que se guardaban mi fe y mis ilusiones?